

## La controversia acerca de la paternidad de las obras atribuidas a Shakespeare

Nota compendiosa de H. N. Gibson de su obra *The Shakespeare Claimants*, escrita especialmente para los Anales, por gentileza del Consejo Británico en Santiago

Para el hombre moderno resulta sorprendente que la controversia acerca de la paternidad de las obras de Shakespeare, que comenzó doscientos años después de su muerte, continúe aún con el vigor y el apasionamiento inicial. ¿No debiera haberse resuelto este problema en su misma época? La pregunta no deja de ser legítima y sensata, pero está basada en una perspectiva sobre el asunto estrictamente moderna. Es verdad que hoy en día cualquiera que haga algo fuera de lo común atrae de inmediato la publicidad, mas las cosas eran muy diferentes en la época de Isabel I.

En efecto, en aquel tiempo una gran masa de la población era analfabeta y los medios de publicidad casi no existían. Es fácil comprender que en un ambiente de esta naturaleza el dramaturgo profesional, como tal, no tenía mayor importancia y nadie podía buenamente interesarse en su vida privada. Aún más, a menudo sus obras se imprimían sin que figurase, siquiera, su nombre bajo el título. Ciertamente es, que acerca de Shakespeare sabemos más que sobre muchos de sus contemporáneos, pero así y todo, las informaciones que poseemos son incompletas.

Por otra parte, si hoy día consideramos la obra shakespeariana como maestra en la dramaturgia mundial, no fue esa la valoración que alcanzó en su época. Las contadas referencias a Shakespeare

que hacen sus coetáneos lo incluyen, por lo común, en enumeraciones generales y jamás en un sitio de honor. Después de su muerte cayó en el olvido, destino habitual que han sufrido los literatos ingleses de las generaciones inmediatas, y, solamente en el siglo XVIII, los críticos comenzaron a apreciar, bien que no del todo, el singular valor de sus dramas.

Esta era la situación cuando en la cuarta década del siglo XIX se inició la famosa controversia. De una parte, estaban las piezas dramáticas, que el público y la opinión ilustrada reconocían como geniales; de la otra, el supuesto autor, un hombre oscuro, que provenía de una pequeña localidad sin importancia. ¿Cómo era posible que un hombre casi anónimo hubiese escrito obras de tal envergadura? ¿No era más probable que sólo hubiese servido de *máscara* para encubrir la identidad del verdadero autor, que deseaba permanecer anónimo?

Una posibilidad como ésta constituyó, en verdad, una atracción irresistible para los inevitables fabricantes de misterios. Así comenzaron a aparecer cartas, artículos, folletos y, finalmente, libros sobre el tema, en cantidades cada vez mayor. Aquellos que dudaban de Shakespeare sugerían un sustituto. El primer nombre que se propuso fue el del gran Francis Bacon, que por algún tiempo, se mantuvo como el único rival de Shakespeare. Pero un juego de esta especie, una vez iniciado, es difícil de detener: El resultado es que hoy día, la lista de postulantes a la paternidad de todas, o algunas de las obras shakespearianas, asciende a más de setenta.

Entre los pretendientes tenemos a cuatro condes, el de Rutland, de Salisbury, de Derby y de Oxford; a la Condesa de Penbroke, a Sir Walter Raleigh, a Sir Francis Drake y a Edmund Spencer. Algunos teóricos aseveran que es imposible que tales obras hubiesen sido escritas por un solo individuo, y proponen como autores a grupos de cortesanos que trabajaban en colaboración durante sus

ratos de ocio. Al principio, se mantuvo a los postulantes dentro de los límites de lo razonable (con excepción de Rutland, quien, si escribió las obras, debió haber comenzado en su infancia), pero pronto aparecieron postulantes cada vez más objetables. Por ejemplo, Marlowe; el más probable en lo que a talento se refiere, tiene el inconveniente de haber estado muerto cuando se escribieron la mayor parte de las obras. Y así tenemos a Eduardo VI, a la misma Reina Isabel; y hasta una tal Ann Whateley, figura mítica, cuya existencia se debe a un error clerical en los Registros de la Diócesis de Worcester.

Las argumentaciones que se esgrimen para defender las distintas postulaciones varían bastante en calidad y cantidad. En algunos casos son razonables y merecen atención; en otros, son de una estupidez increíble. Dentro de los límites de esta nota, es imposible analizarlas en detalle. Basten algunas consideraciones breves y generales. Al leer algunos de estos libros, uno los encuentra maravillosamente convincentes. Solamente una lectura más atenta revelará las falacias. Muy pronto se da cuenta el lector que tales libros no representan una búsqueda honrada de la verdad, sino un ingenioso argumento de defensa. La evidencia está rigurosamente seleccionada, pero sólo se presenta una cara. Se pasan por alto las dificultades, y en el curso de la polémica aparecen frecuentes inconsistencias y contradicciones.

Aún más, si examinamos libros distintos en favor de distinto candidato, nos encontramos con las mismas características —convicción inicial que encubre numerosas falacias— y esta secuencia se repite una y otra vez, en todos los argumentos que leamos sobre el tema. Frecuentemente, encontramos aún que los mismos argumentos, con ligeras variantes, se aplican a uno y otro candidato. En verdad, mientras más leamos estas bellas teorías, menos dispuestos nos sentimos a confiar en ellas.

Es importante recalcar lo siguiente: no existe prueba absolutamente *positiva* de que Shakespeare verdaderamente escribió las obras que se le atribuyen. Está abierta la posibilidad de que alguien pueda demostrar que fue otro quien las compuso bajo su nombre. Pero si consideramos que por más de un siglo innumerables críticos han estado tratando de demostrar esto con los resultados absurdos que conocemos, nos parece que lo más sensato, por lo menos ahora, es atenerse a la versión tradicional.

